

EL PEQUEÑO RAYO DE SOL

Es una mañana fría y húmeda, por momentos, cuando el viento acalla su furia, algo de bruma comienza a cubrir nuevamente ese monte. No está en su Glasgow natal, sino lejos de casa, en una remota y pequeña isla, cuyo aspecto es similar por momentos a algunas regiones de su país, aunque el trato de su clima es mucho más hostil. La hostilidad de ese clima austral es similar a la de aquellos a quienes vino a desalojar. Se lo han demostrado durante toda la noche, esos, que desde hace más de dos meses pisan ese mismo suelo y que según sabe, al igual que él, lo consideran propio.

Supera los 25 años de servicio y su rostro revela una mayor edad de la que realmente cargan sus huesos. Su mirada, vivaz, percibe rápidamente lo que le rodea. Ese paisaje envuelto en bruma le muestra algunos restos de material militar destruido y a su alrededor algunos cuerpos tendidos, luciendo uniformes de color verde oliva, similares al suyo, pero algo diferentes.

Él viste el uniforme camuflado de su unidad, su casco está cubierto por una red de la que penden cortas y enrolladas tiras verdes, las que, al viento, por su movimiento, pretenden emular algún tipo de vegetación, inexistente en ese rincón del planeta. Es que casi nada del reino vegetal tiene la oportunidad de crecer allí. Su ropa de fajina, sucia y dura por el frío, apenas exhibe su grado de oficial superior mediante una pequeña tira de baja visibilidad. Nada de llamar la atención del enemigo. A través de su chaqueta de combate por momentos lo invade el penetrante frío que en forma de delgadas agujas ingresa impiadosamente entre sus músculos llegando directo hasta los huesos; es que su equipo no está pensado para ese clima tan riguroso que tanto él como sus compañeros enfrentan desde que llegaron, hace ya varias semanas.

Mientras continua raudamente el ascenso por la ladera norte del cerro que intenta recuperar, a medida que avanza descubre, por la vestimenta de los cuerpos tendidos en el suelo, que sus enemigos tampoco cuentan con el abrigo necesario para ese áspero clima. *No debe existir ropa adecuada para este sitio, piensa, al menos para soportar tantas horas continuas sin resguardo contra este viento, estas lloviznas intermitentes y este frio cargado con la humedad del mar, esa misma humedad que desde que llegó a la isla le recuerda todo el tiempo sus antiguas heridas.*

Patterson además de padecer la falta de los suministros necesarios, de mapas exactos y de medios de transporte adecuados, suma a su lista, para el libro de quejas del imperio, la mala calidad del calzado que le proveyeron. Sus pies han comenzado a sufrir principio de congelamiento, por eso no detiene su marcha y continua cada vez más rápido con su ascenso, a paso firme.

Si bien durante los combates reina la confusión, puede entender con claridad que aquellos cadáveres vistos más abajo, al menos, tuvieron calzadas unas buenas botas hasta su último aliento.

Su paso es vivo, siendo de buen porte y en buen estado, por momentos de andar esbelto, los gestos de su rostro no expresan el cansancio acumulado, su actitud es profesional, propia de su entrenamiento y experiencia. Él quiere avanzar lo más rápido posible para acabar con esto cuanto antes. Ese es su deseo, poner fin al asunto y que todos regresen a casa.

Su tropa ha quedado atrás. Ellos no pueden seguir el sostenido ritmo de su líder; curiosamente algunos soldados son muy jóvenes y a pesar de su natural energía y capacidad de recuperación aún no han completado el entrenamiento específico para el desplazamiento en ese escarpado terreno.

La marcha constante, sin pausa, casi temeraria de Patterson, lo deja peligrosamente adelantado, en cierto modo se halla aislado. No sería la primera vez que esto le ocurre, está acostumbrado a ir adelante, arrastrando a los suyos, aunque ahora está, sin haberlo notado, en el frente de combate, ha cruzado esa delgada línea imaginaria que lo coloca directamente ante un enemigo del que, sobre su capacidad, poco conoce.

Mira a su alrededor detenidamente, visualmente el humo se confunde con la bruma, aunque con su mezcla de aromas el olor de la guerra se halla presente en el aire, inconfundible.

Está avanzando entre las posiciones de esos, los que defendieron tenazmente el terreno durante toda la noche, la madrugada y parte de la mañana, la que impiadosamente avanza para transformarse en mediodía.

Los disparos de mortero de ambos bandos han cesado y se respira una frágil calma. Al detenerse el soplo del viento hay algo de silencio luego de la demoledora tormenta de fuego, de la que se desconoce cuándo golpeará nuevamente. Los hombres de Patterson no se halla tan cerca como él desea, si bien están en camino, no se los ve subiendo la ladera, su ritmo es algo más cauteloso, seguramente para evitar posibles nuevas bajas.

A diferencia de ellos, sus enemigos no han podido recoger a los caídos, al menos no a todos, por eso los cuerpos tendidos más abajo. Patterson se prometió dar las ordenes necesarias, a su debido momento, para que todos reciban adecuado trato cuando finalice la batalla. Habiendo sido testigo directo de las varias pérdidas propias, más allá del dolor, no guarda rencor.

Él ha disparado hasta el hartazgo y sabe de qué se trata todo este asunto: No combatir con odio y tratar de cumplir la misión hasta el final, aunque aún falta; el combate no termina.

Agazapado junto a las piedras de la ladera, acercándose confiado a la cima, Patterson percibe un rayo de sol que abriéndose paso entre las nubes desnuda y acaricia un peñasco gris que, a causa del musgo que lo envuelve, luce en uno de sus lados un tono verdoso.

Esa gran piedra le ofrece a su criterio una adecuada cobertura. *Algo del calor del sol no le vendría nada mal a mis tullidos pies, al aguardo del ascenso de los míos,* piensa. *Luego de alcanzar la cima, lo que nos quede por delante será mucho más sencillo,* supone con su lógica el oficial.

Patterson se acerca a la roca, su roca, su cobertura, su pequeña porción de ese terreno que ahora mágicamente es iluminado por el sol.

Repentina y sorpresivamente en ese instante otro hombre aparece en el lugar, con las mismas intenciones y con la misma determinación que Patterson.

Aunque luzca un uniforme diferente, su deseo, su ambición y su reclamo es idéntico: Su cobertura.

Soler está en su puesto, en su suelo, en su roca, en su rayo de sol.

Los compañeros de Soler se repliegan, son los que sobrevivieron al combate nocturno, están heridos e intentan desde hace largo rato el lento descenso.

Abandonan sus posiciones desde la cima del monte, ese, que constituye una de las últimas barreras defensivas; van dirigiéndose hacia el pueblo. Sin pertrechos ni alimentos, su marcha a pie, barranca abajo, es dolorosa, su jefe ha caído y al igual que sus enemigos tampoco disponen de medios de transporte adecuados.

Él voluntariamente queda cubriendo ese repliegue, apenas armado con su fusil y algunas municiones. Del otro lado de la piedra, en las trincheras y en sus pozos yacen los que no se repliegan, los que permanecen como impávidos custodios, ya sin vida.

Uno es oficial de la corona británica, avezado soldado profesional. Ésta es su última campaña según le informaron sus superiores. Luce como condecoraciones permanentes los surcos que el tiempo ha ido grabando en su frente producto de su constante ceño fruncido.

Es hombre de acción, aunque cada hora que sobrevive lo acerca más a su retiro, a su hogar.

El otro es un joven soldado argentino cumpliendo con su servicio militar obligatorio. Si bien lleva ya más de un año en armas, es prácticamente un civil uniformado en esa isla, con poca o nula práctica previa a las improvisadas acciones bélicas que lo colocaron en ese monte hace un par de meses. Se vio envuelto en la contienda a causa del azar, del infortunio o del destino, el que muchas veces suele ser despiadado con los inocentes. De todos modos, a esta altura del conflicto la determinación de ese joven es tanto o más fuerte que la de quien él considera el invasor.

Ambos portan fusiles de la misma marca, modelo y calibre. Las únicas diferencias estriban en que el arma del paracaidista escocés, de producción algo más reciente, posee su culata plegable, en cambio el joven oriundo del barrio de Flores lleva montado en el extremo de la suya un sable bayoneta.

La guerra de trincheras demanda el uso de ese accesorio. La modalidad de la lucha nocturna, en su forma más brutal, el contacto físico directo, el combate cuerpo a

cuerpo, tiene lugar desde hace algunos días en los montes circundantes. Son numerosas las bajas y los heridos en los dos bandos.

Patterson ignora la orden "*Sin Prisioneros*" impartida por su comandante el día anterior. No es la primera vez que hace algo similar, despreciar e incumplir todas aquellas órdenes que vayan en contra de su código de ética militar; sin ir más lejos él personalmente ha capturado prisioneros heridos la noche anterior. Quizás por tales actitudes no ha alcanzado mayor grado en su carrera y se halle ahora, a su edad, en ese inhóspito destino, por numerosas que fueran sus condecoraciones. Las pocas noticias recibidas hasta el momento indican que los del otro bando hacen algo similar, el trato impartido hacia los pocos prisioneros tomados es humanitario, para lo que en una guerra se admite por tal comportamiento.

A Patterson le agradan las simetrías cuando del honor en combate se trata. Esas mismas reglas son las que el oficial está determinado a hacer cumplir a toda su compañía: Trato humanitario para los jóvenes prisioneros, alguno de los cuales, por su corta edad, bien pudiera ser su hijo.

Ambos hombres se sorprenden al verse inesperadamente junto a la misma piedra. Ambos se miran a la cara de inmediato, clavando sus ojos el uno en el otro. A viva voz con gritos a todo pulmón se ordenan mutuamente rendición. Hablando diferentes idiomas se entienden perfectamente.

Soler sabe que prácticamente no tiene esperanza, aunque le sobra valor.

Quizás morir así, en esas circunstancias sea una forma de alcanzar definitivamente la libertad, piensa.

Están frente a frente y en una fracción de segundo sin dudar arremeten.

El choque de los cuerpos es brutalmente sonoro.

Ambos caen sobre el áspero terreno, el coronel hacia atrás, el soldado hacia su derecha, ambos aferrando sus armas.

El Golpe de Soler contra las piedras de la montaña es muy fuerte, su rodilla está herida, pero a pesar del agudo dolor logra levantarse, su boca escupe polvo y pedregullo, por su parte Patterson a pesar de su intento por incorporarse queda en el suelo, apoyando parte de su espalda y su cabeza sobre la roca en disputa, sentado junto a ella, como en un gesto de posesión. No intenta manipular su fusil, es que Soler lo tiene en mira, con su viejo FAL de bayoneta calada del año 1962, del mismo año en el que nació. El joven camina hacia su enemigo lentamente, e identificando su insignia de coronel, cautelosamente, baja su arma. La chaqueta del escocés sangra a la altura del pecho, en forma abundante.

El oficial hace una seña al muchacho dirigiendo su mirada hacia un pequeño morral a su costado.

Revolviendo apresuradamente Soler extrae varios elementos entre los que halla una venda, la que intenta acomodar apresurada y torpemente sobre la herida a fin de detener la hemorragia, presionando el parche con firmeza. Es entonces que el oficial siente un ardor de fuego en su sangrante herida abierta. Sabe que en esta ocasión la cosa es seria, sabe que a pesar de los esfuerzos de ese jovencito desconocido -a quien hace instantes intentaba matar- se debilita cada minuto y que ningún helicóptero, británico o argentino, se arriesgará a volar hasta la cima de ese maldito monte en el fin del mundo para evacuarlo.

- ¡No se duerma! ¡No cierre los ojos! Grita el conscripto con la autoridad de un rudo enfermero de campaña, al tiempo que comienza a pedir auxilio para tratar de salvar la vida de quien hasta unos instantes fuera su mortal enemigo. Luego de colocar las manos de Patterson sobre la venda y de sostenerlas unos instantes, Soler sube a la

roca, su roca, y comienza a disparar hacia imaginarios atacantes buscando llamar su posible atención, mientras grita con lo que le queda de aliento una de las pocas palabras en inglés que recuerda: ¡Help!

Algunos segundos después de su desgarrador grito y de su último disparo, una lluvia multicolor de munición trazadora comienza a zumbar sobre su cabeza iluminando nuevamente la gris escena, para ir dando lugar a nuevos disparos que, si bien suenan lejanos, son cada vez más rasantes y mejor dirigidos hacia su posición. Con agudos silbidos los proyectiles comienzan a repiquetear contra las rocas, muy cerca de ellos. Los han ubicado. Oyeron sus disparos.

Soler acomoda como puede a Patterson. El escocés es un hombre más pesado que él, pero el chico hace su mejor esfuerzo para desplazarlo un poco, poniéndolo a cubierto de los rebotes de la metralla y de los fragmentos de piedra que ahora, ayudados por el viento, vuelan por todo el lugar.

El soldado comienza entonces su carrera, fusil en mano, abandonando su roca. Luego de un par de cientos de metros de frenética corrida descendente, rengueando y trastabillando, Soler tropieza, para continuar ahora sí su descenso en forma descontrolada.

Al rodar a toda velocidad, va golpeando irremediabilmente su delgada humanidad contra los peñascos rocosos abundantes en la ladera sur del monte, esa que ahora, abruptamente, abandona.

Al mismo tiempo que él baja por el sur, sus enemigos ganan la altura por la ladera opuesta, aunque estos últimos van más ordenadamente que el argentino.

A pesar de su derrape Soler se siente agradecido. Se considera un privilegiado, al que el destino ha rescatado de su segura muerte a manos de un soldado quien a lo largo de su vida profesional ha extinguido la vida de muchos enemigos.

En la guerra nada es agradable, Soler piensa en sus compañeros muertos y en los sobrevivientes de la batalla, también en el enemigo a quien hirió. Por momentos la realidad se torna confusa. Repasa angustiado lo vivido: *Nadie sabrá lo que me pasó, nadie se enterará de lo que hice...*

Se ve invadido repentinamente por una ráfaga de imágenes, todas ellas nuevas, veloces, con la misma luminosidad e intensidad que las descargas de artillería que soportó durante la noche, y que ahora, de pronto, comienzan nuevamente a detonar a su alrededor.

Sin poder distinguir si se trata de fuego amigo o enemigo ve como la turba, las piedras, el humo y la metralla vuelan a centímetros de él.

Ni los golpes en su cuerpo ni el abundante sangrado de su cabeza, ya sin casco, pueden evitar que su rostro, lejos de mostrar desesperación o temor, muestre ahora un gesto de paz, de serenidad.

Sus repentinos recuerdos son visuales, sorprendentes, situaciones muy diferentes a la realidad que vive: Imágenes de su familia, de su infancia, la vívida imagen de su padre jugando con él, su madre, como si realmente estuviera ahí, con total nitidez, dándole de comer.

Escucha sus voces, huele su casa, ve el sol en su patio, ve el mar calmo, celeste...

Muchas veces, o casi siempre, las cosas no son lo que parecen, las sombras, los sonidos, los crepúsculos... De pronto siente un poco de vergüenza por abandonar de la manera en que lo hizo, su posición, su montaña y la que por un par de meses fue su roca.

Soler está exhausto. Tendido, sobre la helada turba, apenas se ha alejado de la base del monte.

Ahora comienza a nevar. El frío, a su modo, le ayuda a soportar el dolor, ya no siente su pierna derecha. Ríe, sin miedo, mientras todo explota a su alrededor.

Él no merece estar ahí... Los suyos lo han olvidado.

Queda en calma, en soledad, lejos ya de su pequeño rayo de sol.

Al tiempo que la compañía de paracaidistas escoceses barre la zona buscando a su jefe, la niebla comienza a envolverlos.

Patterson continúa respirando, con ambas manos sobre su pecho, tal como Soler las dejó, aferrando un pequeño rosario de madera.

En la cima del monte, sin solemnidad, agoniza dignamente junto a la que ahora es su piedra, aunque nadie pueda verlo.

Quizás él no debiera estar ahí, solo, débil, tiritando, mientras las nubes ocultan su dorado y efímero rayo de sol.

Es casi mitad de junio, ya ha pasado el mediodía y la guerra acaba de terminar para ambos.

Soler, El Pequeño Rayo de Sol, MATRICULADOS CUENTO.